

EL SIGLO FUTURO

DIARIO CATOLICO

PRECIOS DE SUSCRICION: Edicion grande: en Madrid, 12 rs. un mes.—En provincias, un trimestre, 40 rs., remitidos á esta Administracion en libranzas del Giro mútuo ó en sellos de comunicaciones. Este último medio está expuesto á extra- vicio sin certificado. En las Islas de Puerto-Rico, Cuba y Filipinas, satisfaciéndolo en casa de nuestros corresponsales en la Habana, Puerto-Rico y Manila, un trimestre 80 rs. En el extranjero, un trimestre 20 francos. Números sueltos en la Ad- ministracion, 1 real

PUNTOS DE SUSCRICION: Administracion en Madrid, calle del Almirante, 2 triplicado, primero derecha y en las prin- cipales librerías de la capital. En provincias, en las principales librerías que son nuestros corresponsales. En Puerto-Rico, D. Celestino Diaz. En Manila, D. Gervasio Memije, regente de la imprenta de Santo Tomás. En Cuba, D. José María Corra- les Bernaza, 60, Habana.

Para los anuncios de la Peninsula y extranjeros, la Sociedad General de Anuncios de España, Príncipe, 27, Madrid.

MÁS TEXTOS VIVOS.

La índole de un periódico no permite llenar sus columnas á diario con los profundos estudios, nutridos de sana ciencia, que sobre los textos vivos está publicando el Sr. Orti y Lara en *La Ciencia Cristiana*.

Y es un dolor; porque allí se ve, como en ninguna parte, lo que necesita tener y lo que es preciso que no tenga, para consentir y autorizar tales errores, la meticería que hoy ocupa la poltrona de Fomento.

Pero siquiera, para muestra, vamos á copiar el artículo siguiente, donde se ve con toda claridad cómo los hombres se van aproximando á las bestias con el vigente sistema de enseñanza:

EL MATERIALISMO DE LOS TEXTOS VIVOS.

Pregunta. ¿Son capaces los animales de actos intelectuales?

Respuesta. «Si recordamos la propiedad fundamental de su *textura nerviosa*... nos llegaremos á convencer que los animales inferiores al hombre pueden ser susceptibles de manifestaciones intelectuales bastante elevadas, siempre que para este efecto se les trate de educar de un modo sistemático durante el transcurso de algunas generaciones» (1).

Comun achaque es de nuestros sábios al uso, en tratándose que se trata de los animales brutos, elevados al nivel mismo del hombre, dándoles el entendimiento que Dios Nuestro Señor no les concedió, según enseña la Sagrada Escritura de acuerdo con la razón y la filosofía, diciendo cate- góricamente que no tienen, en efecto, entendimiento: *quibus non est intellectus*; y luego, cuando se trata del hombre, atribuir su dignidad y nobleza haciéndolo como los brutos, *sicut mulus et asinus*, ó sea negándole la luz divina en que está sellada principalmente la imagen del mismo Dios. Cosa peregrina es además que nuestros positivistas ó empiricos, cuyo es el énon de lógica que no permite asegurar sino lo que se ve y se toca, quieran en esta materia apelar al raciocinio y á simples conjeturas para justificar tan destinadas senten- cias. ¿Y qué raciocinios, santo cielo! ¿Qué conjeturas! De la *textura nerviosa* de los animales deduce el doctor Urraca que los animales tienen entendimiento, que son susceptibles de manifestaciones intelectuales no sólo ordinarias, sino bastante elevadas.

Pero es el caso que ni los nervios son la intelli- gencia, ni de poseer *textura nerviosa* los anima- les brutos se puede inferir semejante conclusion. La lógica sola bastaría para probar tan vicioso argumento si además no tuviese éste por adver- sarios á la ciencia del alma humana, á la filosofía natural y aun al mismo sentido común. ¿Cuáles son si no las funciones intelectuales de los brutos? ¿Conocen por ventura las esencias de las cosas que ven? ¿Tienen conciencia de sí propios? ¿Ejercitan la abstracción ni el raciocinio? ¿Cono- cen á Dios? ¿De qué ciencia son capaces? ¿Qué in- vención les deben las artes? ¿ni qué arte bella ni mecánica entienden ni cultivan los brutos? El mismo Sr. Urraca, conociendo sin duda que los hechos no abonan su sentencia, hubo de someterla á esta condición: que los animales sean educa- dos sistemáticamente; y áun así, para dar luz intelec- tual á su *textura nerviosa*, sería preciso que la nueva escuela pedagógica ejercitase su oficio durante el transcurso de algunas generaciones. Más to- davía: al cabo de seis mil años no ha parecido en el mundo ningun discípulo de Darwin que pre- tenda educar á los animales con tal arte que tras- forme sus sentidos en entendimientos; y aunque por ventura acertara á imprimírles alguna forma ó habilidad mecánica que pudiera asemejarse á las de los seres inteligentes, esta forma perecería con el individuo que la recibiera, pues las habili- dades adquiridas no pasan de padres á hijos, ni en los animales ni en los hombres, y el empeño de Spencer por demostrar lo contrario, fundán- dose en hechos tan aislados como los ejemplos de Bach, de Mozart y Beethoven, que fueron hijos de músicos famosos, no ha podido prevalecer contra la experiencia de todos los siglos, que niegan la herencia intelectual del talento, así como de la pro- bidad, la cual, al decir del poeta italiano, *rade volte accade per i rami*.

P. Según esto, ¿en que se diferencian esencial- mente del hombre los animales?

R. Bien mirada la cosa en nada, pues hoy «po- cos son ya los que tratan de negar á los anima- les alguna cosa parecida á la razón, que pueda asemejarse á la razón; y tanto, que como el hombre *deliberan, resuelven y obran*» (2).

Si la virtud que atribuye á los brutos el profesor de Valladolid fuera sólo alguna cosa semejante á la razón, nada habría que oponerle, porque las semejanzas suelen darse entre cosas muy distan- tes, y la facultad de conocer en los animales no deja de ser cierta manera de razón, *quaedam ratio*; pero que los brutos *deliberen y resuelvan* y *obren como los hombres*, no es cosa que pueden consentir ni la ciencia, ni el sentido común; eso equivale á tornarlos en hombres verdaderos, pues tales ac- tos requieren necesariamente el uso de la razón y del libre albedrío; á tornarlos, decimos, en verda- deras personas capaces de moralidad y hasta de religión, ya que sin ella el deber es una palabra sin sentido. Es de notar que áun cuando sean pocos, al decir del Sr. Urraca, los que niegan á los animales las acciones propias de los hombres, no faltan, sin embargo, quienes creen y sostienen

por boca asimismo del Sr. Urraca que «entre la parte intelectual (?) de los animales y la pertene- ciente al hombre existe una barrera bastante difi- cil de franquear, y que sólo el último puede me- jorarse progresando, puesto que sólo él hace uso de instrumentos, domésticos á otros animales, posee el dón de la palabra, emplea idiomas dis- tintos y conoce el derecho de propiedad. A esto añaden que no hay otro ser organizado consi- guiente que se comprenda mejor á sí propio (no parece sino que los seres inferiores al hombre se comprenden á sí mismos de algun modo), que goce de la facultad de abstraer y generalizar en tan alto grado (¿con que los animales también abstrae- traen y generalizan!), que posea el sentimiento de lo bello y que sea capaz del capricho (si no tuvié- ramos más privilegio que este), de la gratitud, del misterio (será ó no conocer misterios) y de la creencia de Dios (¿nada más?).» Hasta aquí son las palabras del mismo Sr. Urraca, con las cuales impugnó su propia sentencia, que él supone ser la de casi todos los sabios modernos, de quien po- dría en tal caso decirse que no parece sino que habían perdido la parte intelectual que ellos con- ceden á las bestias.

P. ¿Cómo explicais, la inmensa distancia que separa al bruto del hombre?

R. «La anatomía nos hace presumir, y un momento de reflexión basta para comprender que el círculo intelectual de las especies es mucho más restringido en los animales que en el hom- bre desde el instante mismo en que ha tomado posesión de la tierra tan superior y ostil (sic) ta- lento al suyo, como lo es el de éste que con su poder imperativo ha contribuido al *desarrollo evolucionario de la inteligencia animal*. Mas, sin embar- go, bueno será el considerar las *facultades intelectuales de los seres organizados*... por la semejanza que con el hombre puedan tener... que si bien no están tan desarrollados, pueden estar en po- tencia» (1).

«Con que el talento del hombre es ostil al de los animales? ¿Con que la evolución intelectual de los últimos está contenida por la acción del hombre, que pesa sobre ellos como una losa? Las palabras del Sr. Urraca en este pasaje son sin duda una re- volución; porque ¿quién hubiera, ni siquiera ima- ginado, que en los bosques, en los mares inmen- sos, en la extensión del aire, en todas las zonas en que está distribuida la vida animal, el gérmen primitivo de su inteligencia está oprimido por la mano del hombre, símbolo de su dominio? El pro- fesor de Valladolid camina á tientas por estas re- giones de la ciencia, y no es por tanto maravilla que dé tantas y tan mortales caídas. La diferen- cia entre los hombres y los animales brutos no consiste en que los últimos posean en potencia el dón que los primeros poseen en acto—lo que tam- poco es cierto, porque un niño recién nacido, por ejemplo, no ejercita ni puede naturalmente ejer- citar su entendimiento, y, sin embargo, no se di- ferencia específicamente ni áun del sabio más consumado—sino en que los hombres están dota- dos de entendimiento y los animales no. ¿De dón- de sabe, por otra parte, el Sr. Urraca que los anima- les tienen las mismas virtudes intelectuales que los hombres? ¿Lo sabe acaso a posteriori, por las operaciones intelectuales y volitivas que haya observado en los brutos? No por cierto, porque estos actos serían el desarrollo de dichas fuerzas, que, según el mismo Sr. Urraca, están en ellos tan sólo potencialmente. ¿Lo sabe a priori, dedu- ciéndolas de la *textura nerviosa* de los animales? Mas ¿por qué razón la potencia de entender no ha pasado ni una sola vez al acto durante los miles de años que ya han transcurrido sobre las especies animales de que está poblada la tierra? ¿Qué fuerza es esa del orden natural que jamás ha tomado parte en el curso de la naturaleza? Para todas las funciones de la vida sensitiva las potencias del animal están siempre expeditas, ejercitándose á cada instante; sólo tratándose de las más excelen- tes potencias de su ser la sábia naturaleza ha de- cretado mantenerlas en gérmen hasta que sean fecundadas por el arte.

P. ¿Dónde reside lo que llamais vos poder mental, y á qué se reduce esta poder?

R. «En el cerebro, al fin, agente funcional de orden tan elevado, ha de residir el poder mental, que al fin no es otra cosa que un resultado orgánico, ó si se ha de hablar con más propiedad, es un resultado que no se adquiere de una sola vez, sino que se va formando de una manera lenta, gra- dual, casi insensible durante el curso de nuestra existencia» (2).

«El poder mental un resultado orgánico! ¿En dón- de habrá hallado tan grosera especie el profesor de Valladolid? No es nueva á la verdad la especie que el cerebro segrega al pensamiento como el bigado segrega la bilis; pero del mismo poder ó fa- cultad de pensar ni Vogt ni Cabanis dijeron otro tanto. Falta ahora saber si ese efecto ó resultado del organismo, á que da el nombre de poder mental el Sr. Urraca, es algo distinto de los órganos y sustentado por ellos como los accidentes por la sustancia, ó si es una cosa misma con los órga- nos; porque en el primer caso habrá de figurar el entendimiento como una fuerza resultante de la materia, es decir, que lo inmaterial, lo simple, lo que extiende su acción más allá del tiempo y del espacio, será engendrado de lo material, de lo compuesto, de lo que hay más bajo y grosero en el hombre y los animales; y en el segundo caso el poder mental hará una sola cosa con los órganos de donde resulte, y tendremos á unos órganos que se producen á sí mismos al producir ellos al poder mental. Lo confesamos ingenuamente: entre los errores del materialismo contemporáneo, ningun- no conocemos tan torpe como el de tener tal origen nuestra mente,

P. ¿Y no podría ese poder radicarse en una sus- tancia espiritual independiente del organismo, y participar, por consiguiente, de su independencia del cerebro?

R. «Los fisiólogos han procurado adquirir el más absoluto convencimiento de que el espíritu no puede existir en la naturaleza independiente del cere- bro... El querer considerar al poder mental como entidad independiente de la materia, es lo mismo que intentar admitir que la gravitación no se halla unida á un cuerpo pesado, que puede existir adhi- sión química sin elementos, la vida sin producto material y el pensamiento sin sustancia nerviosa» (1).

Los fisiólogos á que se refiere el Sr. Urraca so- han engañado á sí mismos en este punto, lo cual no es cierto de maravillar en quien procura con- vencerse del error áun antes de profesarlo. Error por cierto más trascendente de lo que á primera vista parece; pues no solamente niega el ser espi- ritual de nuestras almas, sino también la exis- tencia y áun la posibilidad de las sustancias in- tellectuales separadas de toda materia, inclusa, por consiguiente, la del mismo Dios. ¿Y en qué se funda el Sr. Urraca para ese materialismo tan descaradamente ateuístico? Dices que no puede concebirse el poder mental independiente de la materia, así como no se puede admitir la grava- tación sin cuerpo grave, ni la adhesión química sin átomos ó moléculas materiales... ni fuerza alguna sin materia; podía haber añadido con Buehner que tal es, en efecto, el artículo fundamental del símbolo de este autor, que toda fuerza, como ac- cidente que es ó modo de la sustancia, supone á la sustancia misma, en la cual radica, y fuera de la cual no existe ni puede existir.

Pero esta doctrina supone á su vez que no hay para el sabio, en el órden de la realidad, más que cuerpos y propiedades corpóreas, y todo lo que sobrepaja á estas cosas debe ser llamado *trascen- dente*, y la trascendencia ser mirada como un verdadero extravío del espíritu humano (2). Ad- mitida semejante suposición, y dando á las pro- piedades de los cuerpos el nombre de fuerzas, se- guirase lógicamente que no habría fuerza nin- guna sin materia. ¿Pero es cierto que no hay más que cuerpos, es decir, objetos materiales percibi- dos por los sentidos, que todo lo que no es cuerpo ó propiedad corpórea pertenece al mundo de lo trascendente, fingido por la mente á modo de ilusión reprobada por la ciencia?

Por lo pronto, ni la vida áun en su grado más íntimo, ni la sensibilidad, y mucho menos el en- tendimiento y la voluntad, son cuerpos ni pro- piedades de cuerpos; antes, por el contrario, los hechos ó fenómenos que proceden de esas potencias son de naturaleza contraria á los que diman- dan de las propiedades físicas y químicas de los cuerpos. Esta es sentencia de casi todos los fisió- logos alemanes, áun de aquellos que favorecen el materialismo: basta citar á Müller, Wagn- r, Bischoff, Volkman, Burmeister, Schleidten. Hasta el mismo Ludwig hubo de confesar que no hay hasta ahora ninguna teoría en que puedan expli- carse por movimientos físicos los fenómenos de la percepción y del movimiento espontáneo (3). Fieck por su parte, nota que no debe esperarse jamás de los fisiólogos la explicación del sentimiento (4). Y Hermann añade que para discutir sobre los fe- nómenos del alma le falta á los sabios naturalis- tas un punto en que apoyarse, porque tales fenó- menos no sufren andar sujetos á ningún concep- to de las ciencias naturales (5). Pero, ¿á qué fin oponer autoridades á los fisiólogos que procuran convencerse á sí propios del materialismo, cuando es evidente la diferencia que media entre los movimientos del cerebro—que á sólo movimien- tos reducen tales fisiólogos toda manera de ener- gía—y los actos de entender, de amar, de elegir, y tantos otros como pertenecen á la vida íntima del espíritu, los cuales no consisten en movimien- tos de la masa encefálica, ni pueden resultar de ella más que el entendimiento de los órganos, el espíritu de la materia? Los fenómenos del órden espiritual proceden de fuerzas espirituales que no radican en la materia, sino en el espíritu como su propia sustancia, cuyo ser y cuya vida son in- dependientes de los órganos.

Entre los fenómenos del órden espiritual, mien- tras está unida con el cuerpo nuestra alma, y los movimientos que acaecen en el organismo, ha- brá si se quiere alguna conexión y paralelismo, cual es consiguiente á la unidad y armonía que respaldan en el hombre, aunque no pocas ve- ces suele mediar cierto desequilibrio y áun cierta oposición entre el cuerpo y el alma; pero cual- quiera que sea la conveniencia que medie entre los movimientos del cerebro y el ejercicio de las fuerzas superiores y espirituales del alma, ¿quién que no sea del todo peregrino en las regiones del saber podrá confundir un órden de fenómenos con otros, y considerarlos juntamente como efec- tos ó productos del cerebro, singularmente á los de órden puramente espiritual, del todo ajenos é independientes de los nervios, y muy propios de

las sustancias, no ya nerviosas, sino intelec- tuales?

J. M. ORTI Y LARA.

EL SIGLO FUTURO

MADRID, 18 DE ABRIL DE 1884.

PESIMISMO ANTI-CRISTIANO.

I.

Tal es el nombre con que califica *La Union*, ya lo saben nuestros lectores, el horrendo y horrible, el terrible y tremendo y tremebun- do pecado capital que, á lo que ella entiende, se comete en las instrucciones transmitidas por D. Cándido Nocedal á los tradicionalistas con ocasión de las próximas elecciones.

¿Ya se ve! Todo se pega, menos la hermo- sura; y, á la cuenta, ya se le ha pegado á *La Union* (¿quién lo había de decir!) el nefando vicio, que tanto afea ella en nosotros, de ha- cer calificaciones teológicas.

A nosotros, la verdad sea dicha, no nos im- portan gran cosa las calificaciones de *La Union*, ni pequeña cosa, ni cosa ninguna. Ya se hará cargo *La Union*: viniendo de ella... ¿qué más da? Pero conviene, conviene, para encauzar por buenos términos el debate, que sepamos á qué atenemos.

¿Vale ó no vale poner notes?

Porque, si vale, será menester que *La Union* procure templar sus nervios, y echar correa; y no grite, ni se sulfure, ni nos abra procesos, ni pida socorro y apele, con gritos y contorsio- nes, á quien corresponda cada vez que á nosotros se nos antoje decirle lo que es claro como el sol, patente como la luz, manifiesto como el día, público y notorio como la des- ventura de España, innegable é indiscutible como la misma evidencia, es á saber: que *La Union* y los suyos son católicos, muy católi- cos; pero católicos liberales. Más dañosos y funestos, según la Santidad de Pio IX, que los monstruos de la *Commune*.

¿Pero no vale? Pues entonces *La Union*, pronta y bien mandada, nos hará el favor de comunicar á quien corresponda que cegó, no vió, se le fué la lengua, y nos llamó pesimistas, que no es eso poco, y anti-cristianos, que es más. Y echando mano de su cacareada carid- dad... de garabato (para las ocasiones son los amigos), agachará las orejitas, se pondrá de rodillas delante de nosotros, nos prometerá que no lo volverá á hacer, y nos pedirá per- don. Que nosotros nos dignamos otorgarle generosísimamente.

Mas no se satisfizo la furia de *La Union* con acusarnos de anti-cristiano pesimismo. Escan- dalizada, como nunca la hemos visto, y ra- biosa, que no se puede pedir más, todo lo que va de mes, día tras día, lleva la infeliz ciam- dando y diciendo que lo que el Sr. Nocedal dice en esas instrucciones ni es cristiano, ni hidalgo ni generoso; que el «decreto» del se- ñor Nocedal es «incalificable y vergonzoso» (para *La Union*? No lo dudamos), «digno de ser puesto en la picota de la reprobación» (boni- tita frase!); que ella bien quisiera «tomar á broma ese decreto, y hacerlo objeto de san- grientas burlas» (en verso y todo); pero que «no quiere engañar á nadie» y «lo confiesa sinceramente», le ha cargado sobre todas las cosas; porque «el amor á la patria» (goberna- da por Pidal) «y á la Religión» (que se enseña en las universidades impías regidas por Pi- dal), «de esa manera ofendidas, levanta en su pecho una santa indignación» (como si le le- vantara un verdugón, ó dos, ó tres verdugones ó indignaciones) «al ver cómo se aparta de su destino» (el destino sin sueldo, por su- puesto, á que le llamó Pidal cuando lo de las honradas masas) «á un partido monárquico y católico», bueno como ninguno, «núcleo po- deroso de resistencia contra los embates revo- lucionarios», único «remedio de los males» «de la Religión y de la patria» (otra vez se hacen de miel, muy apurados deben andar), «para lanzarlo en la más negra é intolerable de las prevaricaciones.»

Esto es lisa y llanamente ridículo.

Ridículo, porque sólo risa y grima puede dar el candor con que al fin se confiesa y de- clara la importancia, el poder, el número y la grandeza del grupo exiguo, que obedece las órdenes del Sr. Nocedal, multiplicado en mi- llares y millones, según *La Union*, con vanos rodeos de fantasmagoría. Ridículo, porque sólo puede hacer reír la ingenuidad con que *La Union* viene á declarar la bondad incom- parable, único remedio posible á los males presentes, de los feroces, bárbaros, fanáticos, estúpidos y acoedores, que siguieron al se- ñor Nocedal y á *La Union* contra los ma- nejos políticos de la Union Católica. Ridículo, porque si las instrucciones del Sr. Nocedal son un horrible atentado pesimista y anticristia- no á la Religión y á la patria; ¿cómo son al- mas nobles, corazones generosos, única espe- ranza de remedio para la patria y la Religión

os que tan voluntariamente, y á costa de sa- crificios y persecuciones, siguen al Sr. Nocedal por esos caminos de perdición, vedados al patriota y al cristiano?

Ridículo, porque ¿qué especie de prevarica- ción intolerable y negra, qué genero de pesi- mismo anticristiano, qué suerte de gravedad esencial y de importancia suma cabe en el simple hecho de no querer asistir á unas elecciones? ¿Qué habían de sacar los tradiciona- listas en esas elecciones donde el gobierno tie- ne, como siempre, asegurada la victoria? ¿Va- len los sacrificios inútiles y los gastos y dis- gustos y persecuciones que costaría, sacar unos cuantos diputados tradicionalistas que fuesen á hacer el caldo gordo á Pidal y á Cánovas, y á darles ocasión de pronunciar dis- cursos simpáticos á los liberales más avanza- dos, que ahora, y mientras por odio á nos- otros no se usan, furiosamente los combaten? ¿Qué relación guarda el lenguaje altisonante de *La Union*, propio para cuando el mundo se venga abajo, con el hecho de abstenerse los católicos de tomar parte en unas elecciones li-iberales?

Pero si todo es ridículo, lo que sigue es muy gracioso.

Porque añade *La Union* que en las instruc- ciones del Sr. Nocedal se hiere la dignidad del partido tradicionalista, se le fuerza, se le ahorrja y arrastra por caminos de perdición, cerrados para el patriota y el cristiano. Así comenzó *La Union*, á principios de mes, sus primeras diatribas, y sobre ese tema, entón- do, antes de ayer, sus últimas lamentaciones. Por donde se ve cuán sábio y verdadero es el re- fran que enseña que antes se coge á un em- bustero que á un cojo. Porque, ¿no habíamos quedado en que los arrastrados, ahorrjados y forzados eran el Sr. Nocedal y *El Siglo Fu- turo*, cuya influencia y cuya popularidad entre los tradicionalistas estriben en seguir la corriente del vulgo, exagerar las feroces in- stancias de la multitud y adular las malas pasiones de las masas, que unas veces son honradas y otras apasionadas y malas, y áun idiotas incorregibles, según le da la ter- ciana á los mestizos?

Ellos no tienen razón; pero son flacos de memoria.

Y áun todo eso son tortas y pan pintados, y nadería y nonada si se compara con lo que viene detrás. Porque la indignación, la ira, la rabia y el coraje pueden tanto en *La Union* que la llevan hasta decir, como si escribiese para los chinos, majaderías de este calibre:

Que el Sr. Nocedal y *El Siglo Futuro*, ayudaron á Cánovas contra Pidal, cuando éste defendía la unidad católica. ¿Y por eso dejó Pidal de defender la unidad católica y le hizo Cánovas ministro de Fomento, como estaba anunciado en *El Siglo Futuro*?

Que á trueque de salvar la gran peregrina- ción nacional, tan deseada por el Papa como combatida por masones y mestizos, el Sr. Nocedal y *El Siglo Futuro* ofrecieron al *hermano Paz*, á pesar de ser mason, incondicional apoyo contra Cánovas y la Union Católica. ¿Y por eso, sin duda, se unieron los canovis- tas y pidalinios de la Union Católica con los masones y bajo la presidencia del *hermano Paz*, para hacer aquella sacrilega mascarada á Alba de Tormes, que logró impedir, gracias á Dios, *El Siglo Futuro*?

Que es público y notorio que en las últimas elecciones el Sr. Nocedal y *El Siglo Futuro* se unieron con Pi y Margall; y que hay quien dice, con motivos para asegurarlo (ó con ga- nos de cavarnos á presidio), que ahora no niegan su concurso á las conspiraciones de Ruiz Zorrilla. De manera es que, siendo eso tan malo como sería si pudiera ser, todavía podría hacerse otra cosa mucho peor: unirse á los mestizos y apoyar á los conservadores. Y áun por eso lo mejor es quitarse de en medio y dejar que unos á otros se coman hasta los ra- bos. Pero, ¿de veras no fué *El Finis*, no es *La Union*, han sido el Sr. Nocedal y *El Siglo Futuro* los que han asentado el principio de que es lícito y plausible la unión de los católicos hasta con Pi y Margall si oyese Mi- sa, hasta con Olave (e. p. d.), que oía Misa y era federal?

Hemos querido quitar de en medio, y dejar contestadas todas esas nimiedades, y señaladas todas esas contradicciones, para que no queden en pié y sin respuesta ni áun las cosas más pequeñas. Por seguir en todo sistema opuesto al de *La Union*, que ni en lo grande ni en lo chico contesta jamás, y sigue impávi- da su camino, como si no se la contestara, y ocultando á sus lectores que lo que se la dice no tiene contestación.

Y ahora, levantando un poco el debate de los suelos, por donde se arrastra *La Union*, vamos á ver, con destumbradora evidencia, dónde está y en qué consiste el pesimismo anti-cristiano.

(1) Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1881 y 1882, en la Universidad literaria de Valladolid, por el doctor D. PEDRO URRACA Y GUTIERREZ, catedrático de la Fa- cultad de Medicina, pág. 7.

(2) *Ibid.*, pág. 8.

(1) *Ibid.*, pág. 38.

(2) *Ibid.*, pág. 13.

(1) Pág. 21.

(2) Der Naturkundige Kennt nur Körper und Eigenschaften von Körper; was darüber ist, nennt er transcendend und die Transcendenz betrachtet er als eine Verirrung des menschlichen Geistes. (*Kraft und Stoff*, pág. 245.)

(3) Nullas adhuc theorias demonstrasse, qua ratione per nervorum motus physices phaenomena perceptivis, motus spontanei, applicari possint. (Ap. Pusch, *Philosoph. natur.*, lib. 1, disput. III, sect. II.)

(4) Es ist gut zu bemerken, dass von physiologischen seitens eine eigentliche Erklärung der Empfindung nicht erwartet werden kann. (*Lehrbuch der Anat. und Physiol. der Sinnesorgane*.)

(5) Für eine naturwissenschaftliche Behand- lung der seelischen Erscheinungen fehlt daher jeder Angriffspunkt, da sie sich unter keinen der naturwissenschaftlichen Begriffe unterordnen lassen. (*Grundriss der Physiol. des Menschen*. Edit. 4, p. 5, 6.)